

espíritu de Jesucristo; ella sola posee su corazón; ella sola es la vida y la madre de los vivientes; ella sola, en fin, la depositaria de los tesoros del esposo para repartirlos entre sus hijos.

De un solo hombre, dice el Apóstol, hizo Dios nacer todo el género humano (1), pero nace de él por medio de la mujer su esposa, primera dilatación de sí mismo, y cuyo ministerio le es preciso, según la disposición divina, para multiplicarse en sus hijos. Así también de Jesucristo nacen todos los hombres, hijos de Dios por la gracia, pero no nacen sino por el ministerio de su esposa la Iglesia, primera dilatación de él mismo. Nada fué hecho sin el Verbo de Dios, dice San Juan (2); nada se restaura sino por el mismo Verbo hecho hombre (3). Sin Jesucristo no hay regeneración, no hay adopción de hijos de Dios, no hay unión con Dios, ni esperanza de felicidad eterna para el hombre; pero Jesucristo no comunica esta vida y estos dones sino por la Iglesia, que es su esposa, dice San Pablo, y el complemento de él mismo, para que lo llene todo en todo (4). Así como la formación de la mujer fué el complemento de la creación del hombre, así la de la Iglesia es la consumación de la obra divina para la regeneración del género humano, y es indispensable nacer de ella, estar en su seno, que es el cuerpo de Cristo, para vivir del espíritu de Cristo (5), sin el cual nadie le pertenece, ni puede llamarse hijo de Dios (6).

(1) Act. XVII, 26.

(2) Joann. I, 3.

(3) Incarnatio opus restorationis est. (S. Aug., *de Subst. Dilect.*)

(4) Ephes. IV.

(5) Si enim separatur a corpore Christi, non est membrum ejus: si non est membrum ejus, non vegetatur spiritu ejus. (S. Aug., *Tract. 27 in Joann.*)

(6) Rom. VIII, 9, 14.

Según esta doctrina del Apóstol, la Iglesia es una dilatación de Jesucristo, una misma cosa con él, como la cabeza y los miembros no forman sino un cuerpo, como el esposo y la esposa no forman sino una carne (1). Nada es ella sin Jesucristo, pero con él lo es todo: instituida por él mismo y á él unida, continúa su obra sobre la tierra, le manifiesta, le perpetúa al través de los siglos en los hijos que le da á luz. Esta es su razón de ser, esta su gloria, este su ministerio y el fundamento de su poder.

Examinemos, pues, esta institución fundamental de Jesucristo. Un día, después de resucitado, aparece á sus Apóstoles, y les dice: «De la misma manera que el Padre me ha enviado á mí, os envío yo á vosotros (2);» y queriendo mostrar que les comunica su propia vida y su propio espíritu, inspira, sopla sobre ellos, y les dice: «Recibid al Espíritu Santo.» (3) ¿Quién no encuentra misteriosa esta acción y esta palabra del Hijo de Dios, que reproduce lo que en la creación hiciera al inspirar sobre Adán soplo de vida para hacerle ánima viviente (4), para darle una alma inmortal como él mismo, y vincular en él la fecundidad con que se multiplicase en su descendencia sobre la tierra? Otro día los reúne de nuevo y les dice: «Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra:» yo os lo transmito á vosotros, enviándoos como el Padre me ha enviado á mí: «Id, enseñad á todas las naciones; bautizadlas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, enseñándoos á cumplir todo

(1) I Cor. XII, 12.—II Matth. XIX, 5.

(2) Joann. XX, 21.

(3) Id. id., 22.

(4) Gen. II, 7.

lo que yo os he mandado: yo estoy y estaré con vosotros hasta la consumacion del siglo.» (1)

Recordad que cuando hubo criado á la mujer, bendijo el Criador á los primeros padres, y les dijo: Creced, multiplicaos, extendeos por toda la tierra, dominad sobre ella, y vuestro poder, vuestra autoridad, que recibís de mí, vuestro temor, hágase sensible á todas las criaturas (2). De la misma manera, luego de formada la Iglesia, dice el Redentor á los padres de la humanidad regenerada: Id, dilataos, llenad el mundo, reengendrad á todos los pueblos, llevadles mi doctrina, mi ley y mi gracia. Yo os hago mis representantes, y os concedo el mismo poder que he recibido de mi Padre: más aún, estoy con vosotros como principio de vuestra potencia, y para que tengais vida, y la difundais en todas partes, yo os enviaré mi Espíritu, y permanecerá en vosotros, y sereis llenos de la virtud de Dios (3): yo os llenaré de ese Espíritu que dió su fecundidad á la creacion, para que al eco de la palabra de Dios se desenvolviese con toda su magnificencia. ¡Qué relacion tan admirable, Señores, entre la creacion y la redencion, entre el mundo de la naturaleza y el mundo de la gracia! ¡Cuán cierto es lo que antes dije, esto es: desde que en el pensamiento divino brilló el misterio del Verbo que debia hacerse hombre para elevarlo todo á Dios, brilló tambien á su lado el plan hermoso de la Iglesia, esposa del Verbo, y ayuda semejante á Jesucristo para la ejecucion de la grande obra, á la que contempla extasiado David, como reina sentada á su diestra, vestida de oro y rodeada de pre-

(1) Matth. XXVIII, 19.

(2) Gen. I, 28.—Eccli. XVII, 4.

(3) Joann. XIV, 17.—Luc. XXIV, 49.

ciosa variedad de adornos, cual conviene á la grandeza á que se ve sublimada (1).

Demos un paso más en el exámen de esta nueva creacion, y siguiendo las ideas de un sábio apologista (2), fijémonos en la materia de que se hace, en su forma, y en el espíritu que la anima. Como en la creacion del hombre escogió Dios para materia de su obra lo más bajo y deleznable, el polvo de la tierra, así en esta creacion nueva escoje lo que hay de más despreciable entre los hombres, dice San Pablo, para que brille mejor la virtud divina (3). Doce pobres y rudos pescadores son la materia primera de la Iglesia: ellos serán los padres de la humanidad regenerada. Pero así como en Adán, cuanto más vil es la materia, tanto más admirable es la forma que recibe puesta en las manos del Creador, así sucede tambien en la Iglesia. Jesucristo, rodeado de innumerable turba, se separa algun tanto de ella, se sienta en el monte, llama á los que él quiere, y escoje doce para que estén con él, y para enviarlos á predicar (4). Estas palabras nos presentan la primera forma y como el boceto de la constitucion de la Iglesia. De entre la primera eleccion hace luego otra segunda, la de Pedro, en quien se consuma la unidad, que es la forma esencial de la Iglesia y de la verdad. «Tú eres Pedro, le dice, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Yo te daré las llaves del reino de los cielos, y todo lo que ligares en la tierra, ligado será en los cielos, y desatado lo que en la tierra desatares.» (5) La víspera de

(1) Psalm. XLIV, 10.

(2) Aug. Nicol., *Estudios filosóficos sobre el Cristianismo*, p. 2. c. 12.

(3) I Cor. XXVII, 28.

(4) Marc. III, 13, 14.

(5) Matth. XVI, 18, 19.

su pasión, cuando iba á consumir su sacrificio, que debía dar nacimiento á la Iglesia, dice al mismo Pedro: «Yo he rogado por ti para que no falte tu fe, y tú, una vez convertido, confirma á tus hermanos.» (1) Llega la hora de subir al cielo y de transmitir sus poderes á sus representantes, y dice á Pedro: «Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas.» (2)

Ved aquí formado ya el cuerpo de la Iglesia, cuyo carácter esencial es la unidad, que sujeta todos los miembros á la cabeza, como en el cuerpo del hombre, y sin la cual no fuera posible la acción y la vida. Falta solo el espíritu que le anime y le dé el impulso necesario para la vida y la fecundidad: y Jesucristo lo infunde cuando en el último día de su estancia en la tierra reúne á este cuerpo, confía la autoridad á su cabeza, sopla sobre ellos, y les dice: «Recibid el Espíritu Santo: id, enseñad, bautizad á todo el mundo: yo estoy con vosotros hasta la consumación del siglo.» (3) Con vosotros instruyendo, dice Bossuet al comentar este pasaje; con vosotros bautizando, con vosotros enseñando á mis fieles á guardar cuanto os he mandado, y con vosotros, por consiguiente, ejerciendo un ministerio exterior. Estaré con vosotros, con todos los que os sucederán, y con la sociedad reunida bajo su cuidado, desde ahora hasta la consumación de los siglos, hasta que el mundo se acabe, todos los días sin interrupción, pues no os abandonaré un solo momento, y aunque ausente mi cuerpo, mi espíritu estará aquí siempre presente (4).

Tal es, Señores, la Iglesia, la columna y firmamen-

(1) Luc. XXII, 32.

(2) Joann. XXI, 16, 17.

(3) Id. XX, 22.—Matth. XXVIII, 20.

(4) Bossuet, *Conferencias con el Ministro Claudio*, n. 1.

to de la verdad (1), el arca de salvación, la esposa de Jesucristo, la madre de los hijos de Dios: ella sola los da á luz, ella sola los alimenta, ella sola los instruye, los educa y los vivifica, ella sola, en fin, los introduce en la casa de su Padre, para que tomen posesión de su herencia, y lo hace en toda la tierra: Id, enseñad, bautizad á todas las naciones, dice Jesucristo; y lo hace en todos los tiempos: Yo estoy con vosotros, añade su esposo, hasta la consumación de los siglos (2). En vano se levantan contra ella poderosos enemigos; las puertas del infierno no prevalecerán (3). En vano la combatirán el mundo; confiad, hijos, les dice Jesucristo; yo he vencido al mundo (4). La muerte no puede nada contra ella, porque es esposa de Jesucristo, y este es de ayer, de hoy y de todos los siglos (5), y le ha prometido estar con ella en todo tiempo. Dios está con la Iglesia y en la Iglesia, dice un apologista (6), y ella no es más que un medio visible de comunicación de la Divinidad con todos los hombres, y, como dice otro sábio, es la encarnación permanente del Hijo de Dios, por cuyo medio continúa siendo entre nosotros todo lo que él es (7), el camino, la verdad y la vida del género humano (8).

Segun ello, pues, solo por el ministerio de la Iglesia se hacen efectivos para la humanidad los inefables beneficios de la redención; solo por ella puede llegar el hom-

(1) I Tim. III, 15.

(2) Matth. XXVIII.

(3) Id. XVI, 18.

(4) Joann. XVI, 33.

(5) Hebr. XIII, 8.

(6) Aug. Nicol., *Estudios sobre el Cristianismo*.

(7) Mœhler.

(8) Joann. XIV, 6.

bre al término á que se propuso llevarle Jesucristo, esto es, á su completa regeneracion en la tierra, y á su eterna felicidad en el cielo.

SEGUNDA PARTE.

Manifestar á Jesucristo al mundo, hacerle conocer en todo lugar y en todo tiempo, perpetuarle sobre la tierra. ¡Qué mision tan noble y tan divina, Señores! Así como el Salvador dijo: «El que me ve á mí, ve al Padre (1),» así tambien puede decir la Iglesia: El que me ve á mí, ve á Jesucristo, porque él está en mí y yo en él, él es quien habla y obra por mí (2). Jesucristo lo habia dicho á los Apóstoles: «El que os oye á vosotros, me oye á mí; el que os desprecia, me desprecia á mí mismo (3).» Ahora bien: de Jesucristo nos dice San Juan, condensando en una sola frase todo su carácter y toda su mision salvadora: «Le vimos lleno de gracia y de verdad, y de su plenitud recibimos todos.» (4) Fijémonos en esa palabra, que descubriéndonos la obra de Jesucristo, nos descubre igualmente la de la Iglesia.

¡La verdad! Jesucristo nos la enseña, porque ha venido del cielo á dar testimonio de ella (5): la posee en su plenitud; más aún, él mismo es la verdad (6), porque es

(1) Joann. XIV, 9.

(2) Id. 10.

(3) Luc. X, 16.

(4) Joann. I, 14, 16.

(5) Id. XVIII, 37.

(6) Id. XIV, 6.

la Sabiduría encarnada; y la enseña, no solo fijando sobre base segura nuestros conocimientos en el orden de la naturaleza, sino descubriéndonos los tesoros de la ciencia divina, y levantando una punta del velo de la majestad insondable, sin lo cual jamás el hombre habria salido de la region de la ignorancia, del error y de la duda.

¡La gracia! Jesucristo es quien vino á traer á los hombres ese tesoro que él mismo llama el don de Dios (1), sin el cual hubieran sido siempre esclavos del pecado, y con el cual entramos en relaciones tan íntimas con Dios, que nos hacemos dignos de contemplarle cara á cara en sus eternos resplandores.

La verdad que ilustra el entendimiento, la gracia que mueve y transforma el corazon, la verdad, que es el objeto de la fe, la gracia que da al hombre la virtud de la fe y la de la esperanza, y la caridad: la verdad que en la tierra se nos propone en enigma, para que creyendo merezcamos contemplarla en toda su claridad en el cielo (2); la gracia que nos conduce al cielo, la verdad y la gracia, dones inapreciables y divinos, que comunican la vida al entendimiento y al corazon, tesoros que se habian perdido por el pecado; bienes que nos engrandecen, nos perfeccionan y nos divinizan; hé aquí lo que en su persona trajo Jesucristo, lleno de gracia y de verdad, para que de su plenitud recibamos todos la parte que nos ha de llevar á la felicidad eterna: y hé aquí lo que quiere que recibamos por medio de la Iglesia, en quien ha depositado esta plenitud.

Dios ha dispuesto en su admirable providencia, que estos bienes sobrenaturales se comuniquen al hombre por medios exteriores. La gracia se nos da por los Sacra-

(1) Joann. IV, 10.

(2) I Cor. XIII, 12.